

ACTO DE INVESTIDURA
DEL GRADO DE DOCTOR
HONORIS CAUSA

JOSÉ ANTONIO LABORDETA SUBÍAS



ACTO DE INVESTIDURA DEL GRADO DE DOCTOR HONORIS CAUSA · 2010

STVDIVM
GENERALE
CAESARAV-
GVSTANAE
CIVITATIS



STVDIVM
GENERALE
CAESARAV-
GVSTANAE
CIVITATIS

COLECCIÓN PARANINFO
HONORIS CAUSA



ACTO DE INVESTIDURA
DEL GRADO DE DOCTOR
HONORIS CAUSA

JOSÉ ANTONIO LABORDETA SUBÍAS

Universidad de Zaragoza, 23 de marzo de 2010

- © Los autores
- © De la presente edición, Prensas Universitarias de Zaragoza
1.^a edición, 2010

Prensas Universitarias de Zaragoza
Edificio de Ciencias Geológicas
c/ Pedro Cerbuna, 12 • 50009 Zaragoza, España
Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

Impreso en España
Imprime: INO Reproducciones
ISBN: 978-84-92521-68-5
Depósito legal: Z-865-2010

ÍNDICE

Elogio al doctorando José Antonio Labordeta Subías por el profesor Eloy Fernández Clemente.....	7
Ceremonial para la investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Zaragoza de José Antonio Labordeta Subías.....	23
Discurso pronunciado por el nuevo Doctor Honoris Causa José Antonio Labordeta Subías	31

ELOGIO AL DOCTORANDO
JOSÉ ANTONIO LABORDETA SUBÍAS

Sr. Rector Magnífico

Excmo. Sr. Presidente

de la Comunidad Autónoma de Aragón

Excelentísimos e ilustrísimos Sres.

Profesores, personal técnico y auxiliar

y alumnos de la Universidad de Zaragoza

Amigos todos,

Queridísimo José Antonio:

José Antonio Labordeta es hoy posiblemente el aragonés más conocido y querido en nuestra Comunidad, y también fuera de ella, en España y muchos otros países.

Tanto el Consejo de Gobierno, que ha asumido y hecho suya la propuesta, como los decanos de las tres facultades, de Zaragoza, Huesca y Teruel, y el director del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea que la realizaron, de concederle el título de doctor honoris causa, me han invitado a acompañarle como padrino y a realizar su elogio. Nada podía hacerme más feliz en los meses que preceden a mi jubilación: muchas gracias por tan alto honor.

Lo que voy a decir es algo que comparto no solo con el otro padrino, mi viejo y querido amigo el profesor Gonzalo Máximo Borrás Gualis, sino que creo interpretar lo que piensan y sienten, además de los centros proponentes, muchísimos profesores, personal y alumnos; y, ante esta Universidad que está, quiere estar, siempre abierta a la sociedad, un clamor popular de respeto y de afecto hacia esta persona. Y os digo, en nombre de todos ellos, a quienes hicieron la propuesta y a las instancias que, siempre sin un solo voto en contra, le dieron curso hasta este momento: gracias, muchas gracias, por haber tenido la sensibilidad de acogerla y apoyarla.

Como es sabido, a lo largo de algo más de medio siglo, entre 1957 y 2009, nuestra Universidad ha otorgado 73 títulos de doctor honoris causa, en su mayor parte a propuesta de las Facultades de Derecho, Letras y de las áreas biomédicas representadas por Medicina y Veterinaria: 17 por cada uno de esos grupos, seguidos por el Centro Politécnico Superior (8), la Facultad de Ciencias (7), la de Ciencias Económicas y Empresariales (2) y otros (5).

Es de destacar que, mientras que en los casos de alta especialidad los así honrados son por lo general poco conocidos por el gran público, ni siquiera por la mayoría de los profesores universitarios de otras áreas diferentes a la que pertenecen aquellos, se han dado otros en que sus nombres trascendían la fama y el prestigio profesional alcanzando a estos estratos y aun a los medios de comunicación y la opinión pública general. En ese sentido podemos citar a los juristas Eduardo García de Enterría y Manuel García Pelayo, el historiador Manuel Tuñón de Lara, el ingeniero Amable Liñán, los filólogos Gunnar Tilander y Johannes Vincke, el economista Enrique

Fuentes Quintana o el académico y político Marcelino Oreja Aguirre. O, claro, al ser aragoneses, eran conocidos y estimados, aunque su tarea académica hubiera sido desarrollada fuera de nuestra Universidad, Pedro Laín Entralgo, José Manuel Blecuá y Manuel Alvar, y cuánto más los que habían profesado en ella directamente, como Ricardo Lozano Blesa, José María Lacarra, Lorenzo Martín-Retortillo y, en cierto modo, José Lorente Sanz y Francisco Palá Mediano.

En otros casos, no se trataba tanto de premiar la excelencia en alguna rama del saber y una especial relación con nuestra Universidad y con Aragón, cuanto un ánimo más universal de acercamiento a realidades problemáticas. Así, en 1995 fue acogida en ese grupo de elite Rigoberta Menchú, cuyos méritos ya había reconocido la Academia que otorga el Premio Nobel de la Paz: se quería simbolizar con ello la gran preocupación que entre nosotros ha habido siempre hacia la América española, sus problemas económicos, políticos, sociales y culturales.

Parecidos planteamientos se utilizaron en las varias ocasiones en que, no refiriéndose a valores académicos sino culturales en su más amplio sentido, se otorgaron estos títulos honoríficos al cardenal José María Bueno Monreal o al fundador del Opus Dei, José María Escrivá; los cineastas Luis Buñuel y Carlos Saura, o el escultor Pablo Serrano. Todos ellos, por cierto, aragoneses cuyos nombres evocan su patria chica y a la vez españoles reconocidos allende nuestras fronteras. Es en este sentido en el que creo se ubica la investidura que vamos a presenciar.

Si, pues, esta Universidad, haciendo gala de su universalidad y su concepción de la Cultura, no solo concede ese su máximo galardón a científicos y humanistas de reconocido prestigio, sino también en otras ocasiones a

destacadas figuras de las Artes y las Letras, la vida religiosa, social o política, creemos que parecidos merecimientos reúne la trayectoria del escritor, periodista, cantautor, político.

José Antonio Labordeta Subías nació en Zaragoza el 10 de marzo de 1935, hijo de un catedrático de instituto, de Latín, quien poco después sería expulsado del cuerpo por el Ejército sublevado, por su pertenencia a Izquierda Republicana, dedicando el resto de su vida a dirigir el privado Colegio Santo Tomás de Aquino, en el caserón situado entre el Mercado Central y la plaza de San Cayetano, donde José Antonio cursaría el bachillerato y al que tantas veces recreará en sus relatos y poemas. En un aula en la que, junto a él, se sentaban muchachos que andando el tiempo serían muy conocidos: Emilio Gastón, Santiago Marraco, Vicente Cazcarra. Sus amigos de siempre.

Como escribiera certeramente de ese pequeño *Macondo* José Luis Melero, en «los *Cuentos de San Cayetano...*, imprescindibles, tiernos, crueles, y divertidos, Labordeta nos cuenta con humor y muy poca nostalgia los primeros años del franquismo en una ciudad, y sobre todo en un barrio, este barrio, que es el corazón y el estómago de la ciudad de Zaragoza. La plaza de San Cayetano, esta hermosa plaza, tan italiana..., con los fantasmas de Santa Isabel de Portugal y del Justicia decapitado, el Mercado Central con su trasiego constante de gentes y mercancías, la ribera del Ebro y la desaparecida pasarela que casi constituye una metáfora del límite entre la vida y la muerte, son los escenarios por los que los adolescentes estudiantes... empiezan a descubrir la vida, la muerte, el sexo, la violencia, la derrota, la poesía, y la risa».

Tras la temprana muerte de don Miguel Labordeta en 1953 (y aunque la madre, doña Sara, esa mítica mujer tan

bien descrita por su nieta Ángela en *Bombones de licor*, lo supervisa todo), le sucede en la dirección del Colegio el hijo mayor del mismo nombre, hombre de gran cultura, posiblemente el principal poeta habido en Aragón en el siglo XX, y bajo cuya influencia crece José Antonio, que acude a las tertulias poéticas del café Niké, presididas por aquel.

Pertenece, pues, por derecho propio a esa mítica generación que, encabezada por su hermano Miguel, integraron Manuel Pinillos, Ildefonso-M. Gil, Luciano Gracia, Guillermo Gúdel, Julio Antonio Gómez, Raimundo Salas, Ignacio Ciordia, Antonio Fernández Molina, Miguel Luesma, Benedicto L. de Blancas, Fernando Ferreró, Emilio Gastón, Emilio Alfaro, Rosendo Tello... Y otros como José Antonio Rey del Corral, Fernando Villacampa, Alfredo Castellón, Pío Fernández Cueto, Luis García Abrines, Eduardo Valdivia, Francisco Úriz, Antonio Artero. Y los próximos a ese mundo sin integrarlo, como Manuel Derqui, Gabriel García Badell, José Luis Borau... La lista de gentes de la cultura aragonesa con quienes contacta sería interminable.

Ya había comenzado a escribir en la revista colegial, *Samprasarana* y en *Papageno*, y dirigirá *Orejudín*, a la vez que estudia en esta Universidad y se licencia en Letras en 1960 (también estudió dos cursos de Derecho). Poco antes ha publicado su primer libro de poesía, *Sucede el pensamiento* (1959). Poeta de recuerdos como fotos amarillentas, también en esa prosa desgarrada a veces, intimista, que va realmente dirigida a unos pocos, cómplices, paseantes con él una y mil veces del barrio, el único y verdadero barrio de su mundo: una generación poética a la que aún esperan estudios globales que asombrarían a muchos. Transeúntes sempiternos, a veces silenciosos, a veces procaces en sus gritos y aspavientos, siempre miem-

bros de una insólita cofradía de creadores pensativos, rebeldes frente a tanta opresión y tanta mediocridad.

Durante toda su vida, pero sobre todo a partir de su muerte en 1969, José Antonio dedicará parte de su obra, textos y canciones a evocar la figura progresivamente agrandada de su hermano Miguel, logrando un reconocimiento al principio esquivo y finalmente discreto, en la historia y la crítica literarias españolas, porque no hacía «poesía social» cuando era lo obligado. Junto con su hermano Donato, en nombre de todos, hicieron recientemente a esta Universidad la donación de la biblioteca del poeta, que hoy se ubica en la Biblioteca María Moliner de la Facultad de Filosofía y Letras.

Aún antes de acabar la carrera fue lector de español en Aix-en-Provence (Francia) en 1958, luego profesor en el Colegio familiar. En 1964 se casa con Juana de Grandes y ambos van a Teruel, porque José Antonio acaba de obtener una plaza como profesor de Enseñanza Media. Teruel es el sur profundo y duro de un Aragón ilimitado. Creo, y lo he dicho alguna vez ya, que todo compromiso aragonésista debe comenzar en las tierras turolenses, cabe los leñeros y los Mansuetos, en el frío y la ternura de sus paisajes, la somardez timorata de su gente, la enorme potencialidad de sus muchachadas ávidas de saber y hacer.

Años de Teruel, tan mitificados, porque allí hubo, sí, un intento de enseñar de otra manera, de cambiar desde lo pequeño un rincón del país, pero hubo también mucha represión y mucho miedo. De ese Teruel que compartimos en los sesenta surgen vivencias profundas, lecturas, reflexión, amistad, indignación, decisión de cambiar esta tierra. Las primeras canciones casi a tanteo, sin imaginar la larga carrera de cantautor; el sueño de

una revista cuya autorización, como pequeños sísifos reiniciamos tras cada revolcón de «la autoridad informativa».

Además de sus clases, en que es apreciado por cientos de alumnos como un estupendo profesor, ejerce como tutor en el célebre Colegio Menor San Pablo, donde dirige teatro, promueve el periodismo escolar y otras actividades. Años muy recordados en que coincide con el dramaturgo José Sanchis Sinisterra, el filósofo Agustín Cebeira, el naturalista Agustín Sanmiguel, el latinista Jesús Oliver, y otros muchos: yo mismo. Y alumnos como Joaquín Carbonell, Federico Jiménez Losantos, Pedro Luengo, los hermanos Serrano, Carmen Magallón, etc. Creo que nuestro José Antonio universal, viajero, televisivo, cantor ante multitudes, ídolo y símbolo de lo mejor de Aragón, no puede ser entendido sin aquellas raíces.

En Teruel publica su libro *Las Sonatas* (1965) y comienza a colaborar en revistas literarias como *Ínsula*, o *Papeles de Son Armadans*, que dirige Cela, analizando la obra de Unamuno o, más adelante, de César Vallejo y, sobre todo, de su hermano Miguel. Comienza a grabar canciones de autor, entre las que destaca *Los leñeros*, y protagoniza la película del director aragonés Antonio Artero, *Monegros*.

A lo largo de las siguientes décadas va a simultanear la escritura literaria, el trabajo de cantautor, el de protagonista de series de televisión y algunas películas, el de político.

En el primero de los casos, la escritura literaria, destacan libros de poemas como *Método de lectura*, *Jardín de la Memoria*, *Diario de un naufrago*, *Monegros*, *Dulce sabor de días agrestes*, relatos y textos autobiográficos que van desde la Guerra Civil (*Cada cual que aprenda su juego*, *El Trajinero*)

hasta el momento presente, pasando por viajes (*Aragón en la mochila*, *Un país en la mochila*, *Tierra sin mar*), o memorias como *Con la voz a cuestras*, *Mitologías de mamá*, *Los amigos contados*, *Banderas rotas*, *Cuentos de San Cayetano* y el más popular, *Memorias de un beduino*, sobre la etapa de ocho años en que fue diputado en el Congreso. En fecha tan temprana como 1978 ya merece un destacado libro en la serie de Júcar sobre grandes figuras de la música, del filólogo José-Carlos Mainer, quien ya había realizado para Lumen una antología de su poética.

Posee José Antonio ese estado de gracia que es la poesía, que aplica a todo sueño, toda acción, todo liderazgo cultural, aragonésista, izquierdista, toda ansia de cambiar el mundo a través de la palabra, el sentimiento y la idea. Poeta mayor, además de serlo en sus varios libros estrictamente poéticos, lo es en todas sus canciones, en su prosa cotidiana, en su hondo y tierno sentido de la amistad por encima de todo, en su esfuerzo diario por superar tanta mediocridad y tanta desolación (una de sus palabras recurrentes) con unas gotas de esperanza.

Quiero detenerme especialmente en *Tierra sin mar*, porque creo que ahí se muestran tantas horas de desánimo porque los cantos se han hecho cuentas bancarias, las esperanzas esperpentos, las dignidades deidades, y es preciso rebuscar en lo hondo de los recuerdos para asirse a ellos, a cuanto nos empujó años atrás. José Antonio, que sigue durísimo contra tanta corrupción, tanta estupidez, tanta mentira, es un referente obligado en tierra de soledades y tristezas. Ese libro invoca razones para seguir, a pesar de todo. Hay una ética individual fortísima, una moral para resurgir hacia la rabia, la lucha, la presencia arriesgada, porque los prevaricadores han dejado de sonreír y van enseñando las uñas.

Y es esta moral contra toda tormenta, esta capacidad de aguante, porque el cuerpo aguanta aunque acaben de caer setenta y cinco años, lo que le mantiene en pie, y, como en tantas ocasiones, en tantas marchas reivindicativas, en tantos recitales con la emoción apretando la garganta, a muchos de nosotros a su lado, bajo su humor sarcónico, sus comentarios somardas, sus estímulos firmes.

En periodismo, ha colaborado en toda la prensa zaragozana (*El Día, Heraldo, El Periódico*), en *Diario 16, El Mundo*, y otros muchos medios escritos así como en tertulias de radio y televisión. Y sobre todo en *Andalán*, seguramente la más hermosa aventura emprendida por él y por muchos de nosotros, objeto de tantas dificultades y de tantos afectos. Labordeta estuvo siempre, desde que lo soñábamos en Teruel hasta el día del cierre, de modo decisivo, trayendo a sus amigos, escribiendo habitualmente.

Su mítica figura, ya pronto conocida en toda España por sus canciones; su aspecto bronco y serio, pero a la vez chungón, sencillo, de costumbres y hechos de lo más aparentemente corriente, le hicieron desempeñar la imagen del padre o, mejor, del hermano mayor, que siempre está cuando lo necesitas, con un consejo, una broma, un abrazo. Lo era, por edad, y por autoridad moral sobre un grupo muy grande, en el que muchos aportaron ideas, trabajo, discusiones, generosidad, y todos aprendimos ciudadanía, democracia, periodismo; en el que él logró mantener el espíritu plural y unitario, democrático y progresista. No he estado nunca en un colectivo en el que hubiera tanta unanimidad en reconocer y querer al líder natural.

Quiero recordar que cuando se inicia *Andalán*, en sus primeros tiempos, una parte decisiva, de su Junta de Fun-

dadores, de su equipo de redacción, la integran profesores en su mayoría no numerarios y estudiantes universitarios de esta Universidad. Hoy, claro, esa generación ha hecho sus deberes y ocupa los lugares merecidos, labrados en aquellos años. Pienso en Guillermo Fatás, Jesús Delgado Echeverría, José-Carlos Mainer, María Dolores Albiac, Carlos Forcadell, J.J. Carreras Ares, Gonzalo M. Borrás, Lorenzo Martín-Retortillo, José Antonio Biescas, J.J. Carreras López, José Luis Rodríguez, Francho Nago-re, Eliseo Serrano, Luis Germán, Vicente Pinilla, Luis Alegre, Pedro Arrojo y otros que o no fueron profesores en esta pero sí en otras universidades, como Mario Gavi-ria, o tuvieron otros menesteres universitarios, como Antonio Peiró o Javier Delgado.

Todavía podría ampliarse esa larga lista con colabora-dores universitarios más o menos esporádicos de *Andalán* como Ángel Cristóbal, Antonio Embid, Manuel García Guatas, Enrique Gastón, Chesús Bernal, Eduardo Ban-drés, Mariano Hormigón, Jesús Jiménez, José Ignacio Lacasta, Carmen Rábanos, José Antonio Rey del Corral, Julián Casanova, Manuel Martín Bueno, Antonio y Agus-tín Ubieto, María Luisa Ledesma, Esteban Sarasa, Grego-rio Colás, Guillermo Redondo, José Antonio Salas, José Antonio Ferrer Benimeli, Guillermo Pérez Sarrión, Enri-que Bernad, José Ramón Montero...

No diré los otros nombres, de los excelentes periodis-tas o profesionales, porque sería una lista también muy larga y con más riesgo de olvidos graves. Pero estoy segu-ro de que cuantos de ellos sepan de este acto se unirán emocionados a nosotros.

En el segundo aspecto, el de cantautor, desde que en 1970 llega a Zaragoza, donde dirige un Instituto filial del barrio de Torrero, y más adelante pasa al Instituto

Pignatelli, Labordeta publica en 1971 el libro *Cantar y callar*, siempre con problemas de censura, y es ya la figura central cuando en noviembre tiene lugar en el Teatro Principal el I Encuentro de la Canción Aragonesa, con Carbonell, La Bullonera, Tomás Bosque, Ana Martín y otros.

El poeta logrará, de ese modo, acceder a grandes públicos poco o nada lectores, llevando mensajes de amor y amistad, de hermosas y eficaces imágenes de la soledad de los ancianos, la despoblación por la emigración, y describiendo y combatiendo otros muchos problemas. Son muy recitadas las canciones de discos tiernos, irónicos, airados, como *Tiempo de espera*, *Que no amanece por nada*, *Cantata para un país*, *Las cuatro estaciones*, *Qué queda de ti*, *Aguantando el temporal*, *Qué vamos a hacer*, *Trilce*, y recitales por todo el territorio aragonés, por toda España y por numerosos países de Europa: varios discos, iniciados con *Labordeta en directo*, dan cuenta de ello. Su *Himno a la libertad* sería recitado por millones de personas como el más emblemático de la lucha por la democracia y las libertades, aquí y en toda América Latina, como en el reciente veinte aniversario del asesinato de los mártires de El Salvador. Con él, en recitales diversos, han cantado la mayoría de los cantautores españoles, sus grandes amigos (además de los aragoneses, sobre todo Carbonell y La Bullonera), tales como Aute, Serrat, Sabina, Imanol, Paco Ibáñez, Ana Belén y Víctor Manuel, Luis Pastor, Ovidi Montllor, Pablo Guerrero, etc.

Años, en fin, de la construcción, lenta y difícil, de una democracia y un país, con sus canciones tan hermosas, emocionando a gentes de toda España, proponiendo dentro y fuera un mundo diferente al que teníamos, de polvo, niebla, viento y sol, forzando la marcha. Llevaba el aliento poético de la más grande generación poética ara-

gonesa de todos los tiempos y la voluntad de cambio que todos habíamos aprendido en la lucha codo a codo contra el fascismo.

Su voz ha cantado al ser humano y sus alegrías y tristezas. Ha luchado por las libertades (aún incompletas, tamizadas), la democracia (imperfecta, y lo sabemos todos) y la justicia, la solidaridad, dos bellísimas palabras que parecen hoy obsoletas porque nos han hecho una sociedad competitiva, ferozmente individualista.

Permítanme que me detenga un poco más en su papel de guionista y protagonista, en especial sus muy celebrados veintinueve programas de «Un país en la mochila», emitidos en los años noventa por TVE, que le hicieron ser extraordinariamente conocido y querido en toda España y en América. No es de extrañar, pues constituyen todo un tratado de Antropología y Etnografía, de Geografía e Historia, que muestra con curiosidad y respeto a esas comarcas, elegidas por su belleza e interés, pero también por su situación recóndita, marginal.

Un viaje hacia la España rural en el que, como el mejor Cela, el del *Viaje a la Alcarria*, inicia su ronda «con una mochila al hombro, una gayata pirenaica, una gorra, una viejas botas y los vestidos necesarios para soportar casi todos los rigores...» Esos son sus pertrechos físicos, que en el alma y en la mente *el Abuelo* lleva una gran cultura, unos saberes que le harán prudente, cuco, tierno y enormemente respetuoso con esas gentes que «lo único que querían era salvar un pueblo, un paisaje, y vivir en libertad».

Este sabio de gorra y alforja ilustra, como viejo profesor que fue, sobre los mármoles de Almería o las especies arbóreas autóctonas de Cazorla, o su rica fauna: el muflón, la cabra hispánica, el gamo, el buitre leonado o

la tímida y vergonzosa ardilla. Los Picos de Europa; las Hoces del Duratón; el Maestrazgo turolense en toda su grandeza sobria; la Mallorca interior que recorre el tren de Palma a Soller; la isla del Hierro («pequeños paraísos aún no arrebatados por la terrible crueldad del hombre urbano»). En la Rioja baja, se alegra de ver cómo se compensa el pasado textil de Enciso con la industria zapatera de Munilla y Arnedo. Al norte de Madrid, colindando con Guadalajara, recorre la Sierra pobre; en Murcia, balnearios y norias; en el País Vasco, la Pasión de Balmaseda.

Habla con guardias forestales, curas, artesanos, almadieros, amas de casa, solitarios profesionales y, en general, con gentes curiosas, casi todas. Aquí y allá le ofrecen vinos y pastas, encurtidos y guisos de la casa, con el valor añadido de la cordialidad en el convite. El viajero es hambroón, y tiene una deliciosa gula agradecida, no dice nunca que no a nada.

Surgen temas de política alguna vez, en general, pero sobre todo se habla de la vida. Protesta del avance terrible de las carreteras, la deforestación, el brutal aprovechamiento del agua. Y medita. En soledad, el viajero silba melodías agrestes, pasea y husmea, se refresca en los ríos los cansados pies del caminante, se cuida la ciática y hasta se da un señor baño, «sin compañera», en un pintoresco balneario.

En ese trasiego ibérico, tantas experiencias, tantos encuentros con gentes de bien, sencillas y acogedoras, pero también tantos encontronazos con la miseria, el abandono, la soledad, hacen que el viajero reaccione hondamente, cantando al mundo rural que se nos va, llevándose tantos recuerdos, modos de hacer, canciones y refranes. Alabanza de aldea, sin duda. Y nostalgia de un paisaje que es, en buena parte, la infancia colectiva de esta sociedad enloquecida.

Y casi al final, al salir de Crevillente, donde, no es casualidad, se abraza con un viejo militante izquierdista, mira hacia atrás, «con una suave tristeza, como si el viento hubiese sido demasiado feroz con todos nosotros y sólo nos hubiese dejado un amargo sabor de boca de las ilusiones que sobre la vida habíamos puesto».

Finalmente, y no en último lugar, su figura política, su colaboración en todo tipo de actos reivindicativos de derechos fundamentales, de protesta por los problemas de la sociedad aragonesa y española.

No me desmentiréis si digo que su voz y sus canciones han acudido allá donde ha sido requerido, sin que quienes le invitaban ni él considerasen de qué partido eran. No debemos, sin embargo, obviar su apoyo a experiencias políticas de mayor o menor éxito, como fueron el Partido Socialista de Aragón (años utópicos, ingenuos, inolvidables, con una nueva carga de frustraciones e impotencias), el Partido Comunista (al que apoyó en varias ocasiones), y sobre todo la Chunta Aragonesista, con la que fue primero diputado en las Cortes de Aragón y luego en el Parlamento español por dos legislaturas. Es bien sabido que en el Congreso Labordeta fue persona muy respetada por casi todo tipo de políticos, muy popular entre los periodistas y la opinión pública, por su trabajo intenso en la preparación de las comisiones a las que pertenecía y por el tono y estilo de sus frecuentes intervenciones.

Aun a riesgo de alargar en exceso este texto, no quiero olvidar los aspectos más cercanos, del entrañable esposo, padre y abuelo; del miembro de una familia en la que todos, sus hijas, hermanos y sobrinos, llevan con orgullo y cariño ese apellido porque él lo ha hecho tan estimado.

Pero sí evocar la ejemplar figura de Juana de Grandes, medio siglo a su lado, comprensiva con una vida un tanto desordenada, amante silenciosa del hombre público, amiga detallista de tantos amigos itinerantes que su marido cosecha por doquier. Sus animosas y divertidas hijas, la actriz Ana, la escritora Ángela, la cámara de televisión Paula. Las preciosas nietas.

Y permítanme también que aluda a las extraordinarias calidades del amigo siempre pródigo; símbolo de toda una generación, a su alrededor han ido reuniéndose, junto a todas las viejas amistades y grupos, muchos nombres de otras más o menos jóvenes. Tertulias que tantas veces tuvieron como escenario Casa Emilio, junto al Portillo. De ellas recuerdo, con olvidos, a los Antón Castro (y Daniel Gascón y Aloma Rodríguez), Javier Tomeo, Ignacio Martínez de Pisón, Luis Alegre, Félix Romeo, Mariano Gistáin, Ismael Grasa, Miguel Mena, Cristina Grande, *Cuchi*, Ángel Artal, Pepe Melero, Vicente Pinilla, Pérez Lasheras, Martínez Tejero, los Notivoli, Santiago Gascón. Creo no exagerar si afirmo que todos, más los que ahora no recuerdo, le tienen como icono no solo de escritor valioso y comprometido, sino de líder moral, amigo y compañero.

La sucesión de premios y honores que José Antonio Labordeta ha recibido es muestra de cómo ha sido reconocido por la sociedad aragonesa y sus dirigentes de cualesquiera tendencia, como uno de los principales referentes de nuestra cultura, además de una figura ejemplar por su limpia trayectoria personal, profesional, social y política.

Miembro del Comité de Honor de Rolde de Estudios Aragoneses, este le ofreció un gran homenaje en 2008, acto en el que se presentó el libro *José Antonio Labordeta*.

Creación, compromiso, memoria, coordinado por Javier Aguirre, que constituye el principal de los varios estudios que le han sido dedicados.

Entre otros muchos reconocimientos, ha recibido el Premio Lanuza de las Cortes de Aragón, la Medalla de Oro de la Ciudad de Zaragoza, la de Santa Isabel de la Diputación Provincial de Zaragoza, y numerosos galardones en ciudades y pueblos. Recientemente el Gobierno de España le concedió el Premio de las Artes, que le fue entregado hace unos meses en Santander por los Reyes. Y el Ministro Sr. Corbacho le impuso la Medalla al Mérito en el Trabajo, en su propio domicilio debido a su enfermedad.

A esos homenajes se añade hoy la concesión de este Doctorado Honoris Causa en el que nuestra Universidad interpreta y plasma la admiración y afecto de tantos miles de personas. Confiriéndole este máximo galardón, le agradecemos cuanto es y significa, y mostramos a los demás que sí es profeta en esta su tierra, y en la Universidad sabemos reconocerlo.

Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE
catedrático de Historia económica
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales

CEREMONIAL

Para la Investidura
como Doctor Honoris Causa
por la Universidad de Zaragoza
de

JOSÉ ANTONIO LABORDETA SUBÍAS

Serán sus padrinos académicos los Profesores Doctores:

D. Eloy Fernández Clemente

y D. Gonzalo Máximo Borrás Gualis

Los componentes de la comitiva académica ocupan los lugares reservados a ellos en el estrado (el candidato se habrá quedado fuera del salón Paraninfo). Tras el *Veni Creator*, que se escucha en pie y con la cabeza descubierta, el Rector dice:

— *Sedete et tegite caput.*

(Sentaos y cubríos)

El Rector ordena al Secretario General la lectura del acuerdo por el que se propone la concesión del Grado honorífico.

— *Legite Studii Generalis Civitatis Caesaraugustanae senatusconsultum.*

(Leed el Acuerdo del Consejo de Gobierno de la Universidad de Zaragoza)

Realizada la lectura, el Rector ordena a los padrinos:

— *Ite arcessite candidatum.*

(Id a buscar al candidato)

Los padrinos, precedidos por los maceros, van a buscar al candidato. Acude este, destocado, acompañado de sus padrinos, y saluda a la Presidencia con una inclinación de cabeza en el momento en que es nombrado por el Secretario General. Repite el saludo al Claustro y se sitúa, en pie, junto a su sitio en el estrado.

Finalizada la presentación, les dice el Rector:

— *Sedete.*

(Sentaos)

Y, dirigiéndose a los padrinos:

— *Pronuntientur a patronis laus candidati.*

(Hágase por los padrinos el elogio del candidato)

El profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, D. Eloy Fernández Clemente, ocupará la Cátedra y pronunciará el elogio del candidato.

Finalizado el elogio, el Rector dice al Claustro y a los presentes:

— *Levate.*

(Levantaos)

Y pregunta al Claustro:

— *Conceditisne ut José Antonio Labordeta Subías Honoris Causa munia doctoris induatur?*

(¿Estáis de acuerdo con que don José Antonio Labordeta Subías sea revestido con los atributos doctorales Honoris Causa?)

El Claustro responde:

— *Concedimus.*

(Lo estamos)

El Rector dice al candidato:

- *Auctoritate mihi concessa legibus Regni et Studii Generalis Civitatis Caesaraugustanae, tibi confero Gradum Doctoris Honoris Causa. Patroni insignibus doctoralibus te vestient et eorum significationem explicabunt.*

(Por la autoridad que me otorgan las leyes del Reino y de la Universidad de Zaragoza, te confiero el grado de Doctor Honoris Causa. Tus padrinos te investirán con las insignias doctorales y te explicarán su significado)

Y advierte a los presentes:

- *Sedete.*

(Sentaos)

Siguiendo el orden de la presentación, padrinos y candidato se disponen para la investidura. El padrino principal muestra a su candidato el birrete, mientras dice:

- *Accipe pileum quo non solum splendore ceteros praece-
das, sed quo etiam tamquam Minervae casside ad cer-
tamen munitior sis.*

(Recibe el birrete no solo para que sobresalgas de entre los demás, sino también para que estés mejor protegido en el combate, como con el casco de Minerva)

Le impone el birrete.

Mostrándole el libro abierto, dicen (los dos padrinos):

- *En librum apertum ut scientiarum arcana reseres.*

(He aquí el libro abierto, para que accedas a los secretos de las ciencias)

Mostrándoselo cerrado, dicen:

— *En clausum ut eadem prout oporteat intimo pectore custodias.*

(Helo cerrado, para que, según proceda, lo guardes en lo profundo del corazón)

Se lo entregan diciendo:

— *Do tibi facultatem legendi, intelligendi et interpretandi.*

(Te doy la facultad de enseñar, de comprender y de interpretar)

Padrinos y candidato se abrazan, vuelven a sus lugares y permanecen en pie.

Terminada la investidura del candidato, el Rector dice a los restantes:

— *Levate.*

(Levantaos)

Y dice al Secretario General:

— *Lege promissum novo doctori.*

(Lee el juramento al nuevo Doctor)

El Secretario General, mostrando los Estatutos de la Universidad de Zaragoza, pregunta al candidato:

— *Promittis observare et adimplere omnia et singula quae sequuntur?*

(¿Prometes observar y cumplir todas y cada una de las cosas que siguen?)

El candidato responde:

— *Sic promitto et sic volo.*

(Así prometo y quiero)

Y sigue el Secretario General:

— *Primo, semper et ubicumque fueris, iura et privilegia, honorem Studii Generalis Civitatis Caesaraugustanae conservabis et semper id iuvabis, favorem, auxilium et consilium praestabis in factis et negotiis universitatis quotiens fueris requisitus?*

(Y, en primer lugar, siempre y doquier estuvieras, ¿guardarás siempre los derechos y privilegios y el honor de la Universidad de Zaragoza y la ayudarás siempre y le prestarás tu concurso, apoyo y consejo en los asuntos y negocios universitarios tantas veces cuantas fueras requerido?)

El Doctorando contesta:

— *Sic promitto et sic volo.*

(Así prometo y quiero)

El Rector añade:

— *Accipio promissum tuum. Studium Generale Civitatis Caesaraugustanae testis est et iudex erit si fidem decederes.*

(Recibo tu promesa, la Universidad de Zaragoza es testigo y será juez si faltaras al compromiso)

El Secretario General nombra al nuevo Doctor, que se acerca a la Mesa Presidencial para que el Rector le imponga la Medalla y le entregue el Título.

Vuelve a su sitio en el estrado.

A continuación el Rector dice:

— *Sedete.*

(Sentaos)

El Rector da la palabra al nuevo Doctor.

— *Puede ocupar la Cátedra el Doctor José Antonio Labor-
deta Subías.*

El Doctor Honoris Causa, acompañado por sus padrinos, ocupa la Cátedra y pronuncia su discurso.

Al finalizar las intervenciones del nuevo Doctor, el Sr. Rector Magnífico toma la palabra.

Terminado su discurso, el Rector dice:

— *Pongámonos en pie para entonar el Gaudeamus Igitur.*

Terminado el *Gaudeamus Igitur*, el Rector clausura el acto.

ALOCUCIÓN DE JOSÉ ANTONIO LABORDETA SUBÍAS

Rector Magnífico
Presidente del Gobierno de Aragón
Autoridades académicas
Distinguidos Doctores
Señoras y señores
Amigos todos

Esta mañana, cuando inicié el ascenso de las escaleras que abren el paso hacia esta Casa, miles de recuerdos y de imágenes me vinieron a la mente.

Recordé aquella mañana de principios de junio de 1952, terminado el séptimo curso del Bachillerato, cuando acudíamos a este recinto a pasar aquello que pomposamente se llamaba Examen de Estado y que durante más de un mes nos había traído por la calle de la amargura porque, entre el verano tórrido, el temor a los errores y las fatigas de todo un curso, la realidad es que llegábamos ante aquel Tribunal como verdaderos despojos humanos.

«Tranquilidad», te repetían una y otra vez tus maestros; pero al llegar en aquella soleada mañana al interior de este hermosos edificio, después de haber saludado a las cuatro estatuas sedentes de la puerta y subir, con cuidado, la escalera presidida por la imagen de don Santiago Ramón y Cajal —«no te olvides nunca de mirarla con respeto», recordaba las palabras de mi padre—, todo volvía a tensionarse en nuestros estómagos, ya que este examen, de aprobarlo, te abría las puertas a la Universidad. Si no, no eras nada.

A cada colegio le correspondía un aula diferente, y al mío, en aquella mañana, le correspondió un aula que semejaba un pequeño auditorio con dos galerías que rápidamente se llenaron de oyentes, chavales que ya habían hecho sus exámenes y que no hacían más que hablar y reír hasta tal punto que un bedel tuvo que imponerse y exigir silencio.

Cuando entró el Tribunal, todos de pie. Luego, en el silencio crujiente, se escuchó el nombre del primer examinando, también del segundo, porque mientras unos pasábamos los exámenes de Letras, otros recorrían las asignaturas de Ciencias.

Temblábamos todos, mientras intentábamos escuchar las preguntas para comprobar si sabíamos las respuestas. En aquellos instantes nada te sonaba. Era la sordera del examinando. A algunos catedráticos de Letras, como los profesores Ynduráin y Frutos, los reconocíamos porque durante el curso nos habían llevado a escuchar alguna conferencia suya en la Diputación Provincial. No sabía por qué, pero verlos a ellos dos me tranquilizó y el ritmo cardíaco volvió a la normalidad.

Cuando sonó mi nombre, el sol atravesó un lucernario situado en la parte superior y el Tribunal adoptó imágenes entre fantasmagóricas y amables. Las fantasmagóricas

las veía en el lado de los examinadores de Ciencias, mientras que las amables me cubrían el campo de las Letras. De estas yo sabía bastante. De las otras mi ignorancia era casi supina, y, aunque durante siete años habíamos tenido clases de Ciencias, solo me sonaba la Trigonometría, que nos enseñó, durante un año, el profesor don Enrique Moliner, que hacía de esta asignatura un juego y no una tensión de temor.

Inicié mi examen por el lado de las Ciencias, y como pude me defendí: la Física se superó suave; las Naturales se agrietaron un tanto, pero salieron adelante; las Matemáticas brillaron porque todo giró alrededor de la Trigonometría. De golpe era un hombre feliz.

La tarde transcurrió tranquila, ya que, una vez superadas las Ciencias, el camino de las Letras lo tenía hecho. Todo fue bien y los poetas españoles y franceses; las batallas de la Guerra de los Cien Años, la toma de Granada y Fernando VII me dieron el paso hacia la Universidad.

Cuando abandonamos el edificio, saludamos contentos a todas las estatuas y como buenos zaragozanos nos fuimos a subir y bajar por el paseo de la Independencia, con un helado de los Italianos en la mano y la alegría de que todo había ido mejor de lo que esperábamos. Una semana después los resultados fueron positivos y comenzó el recorrido por las secretarías de aquellas Facultades que íbamos a elegir: unos pocos, Medicina; menos aún, Químicas, y una barahúnda de compañeros, Derecho, porque decían que era la carrera con más salidas. A Letras fueron compañeras, porque, como se decía, eran unos estudios para chicas, monjas y frailes.

Aquel otoño, muchos pasamos del control escolar diario a la liberalidad universitaria y disfrutábamos viendo como el doctor Guallart, decano de la Facultad de Derecho, llegaba en su coche Volkswagen de cartón piedra y

que era el resultado del buen hacer de la industria alemana. Una de las gracias de los veteranos consistía en subir el auto por las escaleras y dejarlo, como si se tratara de una obra de arte, en el rellano que quedaba abierto en la entrada del edificio.

Pero la vida da a veces duros golpes que no esperas, y en mayo del 53 fallecía mi padre; los exámenes de Derecho no fueron nada brillantes, y decidí iniciar Letras, que era el mundo en el que realmente me encontraba a gusto.

La Facultad había cambiado y ya no eran solo los restos de aquellas salas llamadas gineceos y androceos, porque muchos de nosotros nos dimos cuenta de la equivocación de nuestra primera elección. Allí llegaron compañeros que venían de otras facultades, como Cándido Pérez Gallego, Ricardo Senabre o Alberto Castilla y otros muchos que devolvieron a aquel edificio la razón de su existir.

Acabé la carrera intentando no olvidar los buenos saberes de Ynduráin explicándonos la novela americana y trayéndonos a Ignacio Aldecoa a charlar con nosotros; las dialécticas con don Eugenio Frutos o las magníficas visiones de la repoblación en la Reconquista aragonesa, del profesor Lacarra, y pasé por todos los escalones que en aquellos años uno tenía que subir: lector de español en Francia; profesor de enseñanza media en colegio privado; agitador cultural en los lugares con mayores posibilidades como eran la Agrupación Artística Aragonesa o Casa Félix, entre vasos de vino, cacahuetes y una siempre magnífica coral de alumnos vascos, que andaban por aquí matriculados, unos en Veterinaria y otros en Medicina.

Oposité a institutos y me fui a Teruel, junto con mi mujer, Juana de Grandes. Decisión que, si en algún

momento puse en duda, pronto rectificué gracias al encuentro con alumnos de inestimable valía y a la amistad que cultivé con compañeros como Eloy Fernández Clemente, Eduardo Valdivia o José Sanchis Sinisterra. Entre todos ellos me abrieron los ojos y los oídos a un mundo hasta entonces encerrado en el coto privado de mi caza particular.

Con una vieja guitarra rasgué acordes y conté lo que estaba viendo en aquella ciudad: los leñeros que bajaban de la sierra con sus mulas repletas de sacos con piñas, para que los pequeños burgueses encendiésemos la calefacción individual; vi a los masoveros en alguna de aquellas humildes expediciones que hacíamos al Maestrazgo, y desde la ventana de mi estudio veía todas las tierras rojizas y arcillosas de los Mansuetos. No había más que acordar algo en la guitarra y cantarlo. Una editorial madrileña me ofreció grabar un pequeño disco. Lo hice con EDUMSA y me olvidé de él; solo a la hora del café de las once, en el bar de al lado de la Estación del instituto, los alumnos de COU ponían el disco en una máquina reproductora y se cachondeaban un poco de aquel gruñido que uno daba en la canción.

Un día de noviembre del año 68 la Comisión de Cultura de la Facultad de Medicina de la Universidad de Zaragoza, que andaba programando recitales de cantautores, me invitó a cantar y, aunque nunca lo había hecho de una manera tan comprometida, acepté.

Sobre una mesa del profesorado, en un aula repleta de alumnos entre los que se encontraba algún viejo profesor, inicié la actuación con más miedo que otra cosa. Pero todo fue bien, hasta que, una vez terminado el recital, los jefes de la Comisión salieron a la calle entre gritos de libertad. Pronto se les unieron otros compañeros, y los grises acudieron rápidamente. A mí, paletillo de Teruel,

aquello me produjo una nueva ilusión y durante unos días, en mi plaza de profesor de Historia, sentía que no me cabía la impresión de aquella tarde: París había ardiendo en mayo; Praga, en noviembre, ¿Había algo parecido aquí? Si, un estado de excepción del 69.

Y la vida fue procurando hijos, alumnos que se hacen mayores y que evolucionan de un lado para otro. En el 70 abandoné Teruel y regresé a esta ciudad, en la que uno ha ido dejando sus palabras, sus gestos, sus canciones, sus amores y sus pequeños odios por esa falta de cariño que muchas gentes sienten hacia ella, cuando ha dado nombres que han sido capaces de levantar este Edificio en el que hoy nos encontramos. Y mi vida siguió entre sueños como *Andalán*, viajes por todo el mundo llevando «Aragón y su polvo, niebla, viento y sol»; la televisión, que me abrió los ojos a España, los libros que he escrito y aquellos otros que he leído y me han hecho más persona, para finalmente como beduino llegar hasta el Congreso de los Diputados.

Y cuando ya no esperaba nada, cansado y un poco viejo —abuelo de verdad, diría yo—, me propusisteis nombrarme doctor honoris causa por la Universidad de Zaragoza, y sentí que los ojos se me rasgaban y la voz se quedaba detenida en algún lugar de mi memoria, ese espacio en el que escondemos las cosas buenas, las mejores.

Y tras recibir esta noticia, me pregunté: ¿cuáles son mis méritos para obtener este grandísimo honor? Solo se me ocurrió recurrir al estudio lingüístico de estos tres términos:

Doctor: Del latín *Doctor-Doctoris*; tercera declinación, temas en consonante: «el que enseña, maestro, profesor», según el diccionario latino-español de don Agustín Blázquez Fraile.

Y según el *Diccionario ilustrado de la Lengua Española*, *Doctor*: «Persona que enseña una ciencia o arte. Título que ha dado la Iglesia a algunos de sus santos que con mayor profundidad de doctrina defendieron o enseñaron la Religión, como fue el caso de Santo Tomás de Aquino, nominado Doctor Angélico. También, persona que ha recibido el último grado académico en una Facultad».

Causa: del latín *causa-causae*; primera declinación: «Causa, motivo».

Causa, al igual que *gratia*, son antiguas preposiciones latinas que rigen caso genitivo, y su situación en la oración gramatical es detrás de su régimen; su traducción es *para* más infinitivo. Así, la traducción de «Honoris causa», es ‘para honrar’. Este conocimiento me lo transmitió mi padre, don Miguel Labordeta, catedrático de Latín de instituto, título que perdió durante la Guerra Civil.

Honoris: genitivo de latín *honor-honoris*, o bien *honor-honoris*; tercera declinación, temas en consonante. Su traducción: «honor, respeto, consideración». «Honoris causa o gratia» se traduce ‘por respeto, por consideración’.

Y, según el *Diccionario ilustrado de la Lengua Española*, *Honor* significa «cualidad que impulsa al hombre a conducirse con arreglo a las más elevadas normas morales. Fama, respeto o buena reputación que se adquiere en el transcurso de la vida».

Después de este pequeño estudio, llevado a cabo para conocer el motivo que ha llevado al Claustro de la Universidad de Zaragoza a concederme este título, he descubierto que algo hay de mí en el término *doctor*. Durante una gran parte de mi vida he ejercido de profesor, enseñando Geografía, Historia y Arte. Primero, en el Colegio Santo Tomás de Aquino de Zaragoza, dirigido por mi

familia; desde el año 1964 hasta 1971, en el Instituto Ibáñez Martín de Teruel, y posteriormente en diferentes institutos de Zaragoza. Siempre me encontré en las aulas satisfecho, pleno, ejerciendo la profesión que me gustaba, y reconozco que, si algo enseñé a los alumnos que han pasado por mi magisterio, mucho más me han dado y enseñado dichos alumnos.

En lo referente al término *Honor*, vista la definición de nuestro diccionario, depende más del que otorga este mérito que del que lo recibe, y vuestra benevolencia ha tenido a bien considerar mi trayectoria como merecedora de esa fama, respeto o buena reputación. Y yo lo agradezco a las entidades que propusieron este honor, a todos los que me han apoyado con entusiasmo y cariño y lo personalizo en los nombres de los Doctores Eloy Fernández Clemente y Gonzalo Borrás Gualis; amigos de verdad en la salud y la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza. Y en este momento no quiero olvidarme de un Doctor de esta casa, que ya no está entre nosotros, y que durante años intentó que yo hiciese mi tesis doctoral dirigida por él. Lo que mi amigo entrañable, el Doctor Juan José Carreras Ares, no consiguió, lo ha conseguido esta Universidad.

Siempre me he considerado una persona afortunada, amigo de mis amigos, amante de este país que se llama Aragón y de sus gentes; y, en este preciso instante, con todo el torrente de recuerdos en mi memoria, creo sinceramente que soy feliz.

Gracias a todos.

*Este libro se terminó de imprimir
en INO Reproducciones, de Zaragoza,
el 10 de marzo de 2010,
día en que José Antonio Labordeta Subías
cumple setenta y cinco años*

